

grafía antigua. Este capítulo inicial está directamente relacionado con el último titulado “El Jesús del testimonio”, que recoge las consecuencias de este estudio para el acercamiento a Jesús, tratando de romper la dicotomía entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe que domina la investigación histórica. Estos dos capítulos son el marco literario y hermenéutico del libro.

Dentro de él encontramos tres capítulos dedicados a analizar sendos fragmentos de Papías. El primero de ellos, que es el segundo del libro, estudia con detalle y originalidad el conocido fragmento sobre el valor que el obispo de Hierápolis confería a los testigos oculares (*H.E.* 3,39,3-4). El segundo, que es el noveno del libro, estudia los datos de Papías sobre Marcos y Mateo (*H.E.* 3,39,14-16). El tercero, en fin, que es el decimosexto del libro, vuelve sobre el primero de estos dos fragmentos para analizarlo desde el punto de vista de la información que proporciona sobre el autor del evangelio de Juan. El capítulo decimoséptimo completa esta exploración de la evidencia externa con un análisis de la información que proporcionan Polícrates e Ireneo sobre el evangelio de Juan. Bauckham concede gran importancia al testimonio de Papías no sólo por su antigüedad, sino también por la cantidad de información que proporciona acerca de los testigos oculares de las primeras generaciones y su forma de conservar y transmitir la tradición sobre Jesús. El estudio de estos pasajes, que expuso inicialmente en un artículo publicado el año 2003 en el primer número del *Journal for the Study of the Historical Jesus* (pp. 28-60), es uno de los elementos más novedosos del planteamiento de Bauckham.

Los otros doce capítulos abordan temas estrechamente relacionados con estos cuatro, pero desde perspectivas diferentes. Cuatro de ellos, los que siguen al estudio del primer texto de Papías sobre los testigos oculares (3-6) tratan de identificar a algunos de estos testigos oculares en la tradición evangélica en general. El tercero estudia los nombres propios que aparecen en dicha tradición, observando que en la tradición existe una tendencia a olvidarlos, no a introducirlos, como algunos sostienen. La mejor explicación de este hecho es que se trata de testigos oculares vinculados a la transmisión de las historias en las que aparecen. En el capítulo siguiente, partiendo del léxico compilado por Tal Ilan sobre los nombres judíos de la época, muestra que estos se encuentran en la misma proporción en los evangelios, lo cual es un indicio del origen palestinese y de la antigüedad de las tradiciones en que aparecen. El capítulo quinto avanza sobre este mismo argumento estudiando las listas en las que se menciona a los doce, un indicio claro, según Bauckham, de que las tradiciones evangélicas estuvieron conectadas a estos nombres propios, sobre todo las que fueron recogidas en los evangelios sinópticos. El capítulo siguiente, el sexto, amplía el horizonte identificando otros indicios sobre los que fueron “testigos oculares desde el principio” (Lc 1,2), no sólo en la referencia particular o colectiva a ellos, sino también en el procedimiento de la “inclusión”, que consiste en mencionar al principio y al final de una obra al testigo ocular del que procede la tradición recogida en ella: Pedro en el caso de Marcos, y el Discípulo amado en el de Juan.

Los dos capítulos siguientes, que preceden al que estudia el testimonio de Papías sobre Marcos y Mateo (noveno), están dedicados a estudiar los datos internos de la relación del evangelio de Marcos con la figura de Pedro y con otros testigos oculares. El séptimo, titulado “la perspectiva petrina en el evangelio de Marcos” identifica tres indicios de la vinculación de este evangelio a Pedro: el paso del plural “ellos”, que originalmente era un “nosotros”, al singular; el papel de Pedro; y la forma de presentarle que no responde a un molde literario. El octavo, titulado “personas anónimas en el relato de la pasión de Marcos”, desarrolla la tesis de Theissen sobre el anonimato de protección que se observa en estas referencias a personajes concretos y ve en él un nuevo indicio de la vinculación del evangelio al testimonio de estas personas.

En la mitad del libro encontramos cuatro capítulos de carácter más teórico sobre el fenómeno de la tradición oral en general. El primero de ellos, que es el décimo del libro, expone los diversos modelos que se han utilizado para explicar el proceso de la tradición oral: los ya citados de la escuela de la historia de las formas (Bultmann) y de la escuela escandinava (Gerhardsen) y el más reciente, basado en un estudio de K. Bailey, que ha popularizado J. Dunn en su reciente obra *Jesus Remembered* (2003). Ninguno de ellos hace justicia, según el autor, al papel que desempeñaron los testigos oculares y al control que ejercieron sobre las tradiciones que transmitieron. En los dos capítulos siguientes Bauckham esboza su propia visión de dicho proceso de transmisión como “una tradición oral formal controlada en la que los testigos oculares desempeñaron un papel importante” (p. 264). En el capítulo undécimo estudia las referencias de las cartas de Pablo a la tradición sobre Jesús, recibida por él seguramente durante su estancia con Pedro en Jerusalén. Esta tradición era independiente de la situación comunitaria y es muy posible que desde muy antiguo existieran notas escritas que sirvieran de apoyo a la tradición oral. En el siguiente capítulo continúa argumentando contra una concepción anónima del testimonio ocular. Los evangelios no son obra de colectividades anónimas, sino obra de personas concretas, que fueron escritas, en parte, para garantizar el control de los testigos oculares sobre la tradición oral cuando éstos comenzaban a desaparecer. La memoria colectiva tuvo un papel importante en este proceso, pero ésta no anula la memoria individual, al igual que el interés por la situación presente no anula la fidelidad al pasado. Si queremos conocer el proceso de transmisión de la tradición sobre Jesús es necesario, por tanto, conocer cómo funciona la memoria individual, tarea a la que dedica el capítulo decimotercero, recurriendo ampliamente a estudios sobre la psicología de la memoria. En conjunto, estos cuatro capítulos esbozan una comprensión del proceso de transmisión de la tradición sobre Jesús que explicaría los datos de Papías.

La parte final del libro está dedicada al evangelio de Juan. Como ya hemos señalado antes, dos capítulos, el decimoséptimo y el decimooctavo, analizan los testimonios externos de Papías, Ireneo y Polícrates, y otros dos, del decimocuarto y el decimoquinto, los datos internos del evangelio. Según Bauckham, el autor del cuarto evangelio es Juan, el anciano, uno de los per-

sonajes mencionados por Papías. Este Juan fue uno de los seguidores de Jesús, testigo ocular de una parte de su actividad. No acompañó a Jesús en Galilea, sino que vivía en Jerusalén y por esa razón desconocía las tradiciones que recogen los sinópticos. Sin embargo, conocía otras y sobre ellas puede dar datos muy precisos. Es más, su condición de testigo ocular le dio la libertad de comentar y glosar las enseñanzas de Jesús, lo cual explica los peculiares discursos de este evangelio.

Este nuevo libro de R. Bauckham plantea un tema fundamental para el estudio de la formación de los evangelios, que tiene importantes consecuencias también para el actual debate sobre la relación entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”. Bauckham piensa que tal disyuntiva carece de sentido y que al único Jesús al que podemos tener acceso es al Jesús del testimonio. Su crítica al modelo de la Historia de las Formas es pertinente, aunque a veces la formule con una radicalidad que parezca negar todo mérito a una escuela que tanto ha aportado a la exégesis en el último siglo. La reivindicación que hace Bauckham del papel de los testigos oculares es, sin duda, un aspecto que habrá que tener muy presente en lo sucesivo al estudiar el proceso de formación de los evangelios.

Son muchos los valores de este libro, pero también son muchos los puntos discutibles. Para comenzar, la base externa de su argumentación, es decir, los fragmentos de Papías interpretados de una forma particular, es demasiado exigua como para fundamentar en ella una visión general de la transmisión oral. Los argumentos internos acerca de la orientación petrina del evangelio de Marcos son, en mi opinión, extremadamente débiles, pues no explican por qué este evangelista presenta a Pedro de forma tan negativa. Por otro lado, el hecho de que en los evangelios se mencionen varios nombres no implica necesariamente que los relatos que los mencionan hayan sido transmitidos por los personajes mencionados.

Los cuatro capítulos que estudian de forma más general el proceso de transmisión oral (10-14), en mi opinión los más interesantes, revelan sin embargo un desconocimiento de estudios importantes sobre este fenómeno (A. Lord o W. Ong), que han aportado perspectivas interesantes al estudio de la tradición oral. La discusión de Bauckham en estos capítulos, lo mismo que la mayor parte de la discusión reciente sobre este problema, parte del supuesto de que sólo pudo existir una forma de transmisión oral y, por ello, considera los diversos modelos que la explican como mutuamente excluyentes. Este punto de vista no hace justicia a la pluralidad de contextos en los que se transmitieron los recuerdos sobre Jesús, y de hecho el mismo Bauckham encuentra grandes dificultades para explicar la tradición de los milagros, absolutamente desvinculada de referencias a personas concretas, y se ve en la obligación de reconocer, aunque sólo sea de pasada, que en la tradición narrativa pudo haber existido también una transmisión informal. Es cierto que algunos grupos de discípulos, sobre todo las comunidades de la diáspora (Pablo, Hechos, Papías) tuvieron capacidad para instrumentar una transmisión formalmente controlada de los recuerdos sobre Jesús, pero ¿puede decirse lo mismo de los grupos de discípulos en Palestina? ¿Acaso

no existió una tradición informalmente controlada en el seno de estos grupos, e incluso una tradición incontrolada entre aquellos que habían sido testigos de las acciones de Jesús y habían escuchado sus enseñanzas, pero no formaban parte de grupos organizados después de su resurrección? El estudio de la tradición oral sobre Jesús corre el peligro de mirar la situación de Palestina, que fue el ámbito en que esta se transmitió mayoritariamente, con “las gafas” de las comunidades implantadas en las ciudades del imperio, de las que hablan las cartas de Pablo, la obra de Lucas y los fragmentos de Papías.

Santiago Guijarro Oporto

B. H. Gregg, *The Historical Jesus and the Final Judgment Sayings in Q*. Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament. 2 Reihe 207 (Tübingen: Mohr Siebeck 2006) XIV, 346 pp.

Este libro tiene su origen en la investigación doctoral realizada por el autor bajo la dirección de David E. Aune y presentada como tesis en la Universidad de Notre Dame, 2005. El objetivo de la investigación es analizar la autenticidad histórica de cada uno de los dichos sobre el juicio final contenidos en el documento Q, es decir, la probabilidad de que puedan ser atribuidos al propio Jesús. Dicho objetivo quiere ser una aportación limitada al intento de resolver una cuestión mucho más amplia y fundamental, discutida desde hace ya mucho tiempo en el ámbito de los estudios sobre el Jesús histórico, a saber, si el tema del juicio final formó parte o no de la predicación histórica de Jesús.

Gregg opera con una noción de juicio final que sintetiza las ideas de amplios sectores del Judaísmo del segundo Templo relativas a una futura intervención de Dios en la historia para separar a los buenos de los malos y retribuir a cada uno según su merecido. Esta intervención tendrá un carácter público y marcará también la división entre dos épocas o edades, la edad actual corrompida y caduca, y una edad nueva donde la justicia de Dios reinará sin resistencia entre los hombres (pp. 21-22). Para muchas corrientes del Judaísmo la idea de juicio final no es incompatible con la de un juicio especial al que sería sometida cada persona inmediatamente tras su muerte. Este juicio especial anticiparía a nivel individual lo que se ratificará públicamente el día del juicio final.

Evidentemente, el autor acepta la existencia del documento Q, formado por el material común a Mateo y Lucas que está ausente en Marcos, así como la probabilidad de que refleje uno de los testimonios más antiguos sobre los dichos de Jesús (p. 2). El intento de responder a la pregunta por la autenticidad de los dichos relativos al juicio final contenidos en este documento es, pues, coherente con la estrategia lógica de explorar primero los